

---

Hugo Enrique Ratier

**Política migratoria y calidad de población:**

**Aproximaciones antropológicas**

## Política migratoria y calidad de población: Aproximaciones antropológicas

Hugo Enrique Ratier \*

Evolucionismo y racismo fueron los parámetros en que los próceres de la modernización argentina se apoyaron a la hora de trazar planes para poblar el país. La superpoblación europea, las dificultades surgidas en el Viejo Mundo, las oportunidades que apuntaban en el nuevo y el apo-



yo tecnológico de modernos y veloces medios de transporte (trenes, navegación a vapor), hicieron posible el traslado transoceánico de grandes contingentes demográficos. En un principio, provenientes del norte de Europa, luego del sur. Se debe señalar que ese vuelco sorprendió ingratamente a nuestros próceres que juzgaban a los anglosajones muy superiores a italianos o españoles. A estos últimos, en particular, achacaban la culpa de nuestra falta de desarrollo.

### Proyectando un país

Todos sabemos que con la superación de nuestras principales discrepancias internas en la segunda mitad del siglo XIX –no siempre zanjadas con equidad–, sobreviene una etapa de consolidación de un nuevo país, que se quiere moderno e integrado al creciente auge mundial del capitalismo. Uno de los problemas que se plantea es el de poblar nuestro suelo, cuya condición de *desierto* se enfatiza. ¿Qué se entiende con ese concepto? Según el diccionario, es un adjetivo que designa lo “despoblado, solo, inhabitado”. Geográficamente, se aplica a un lugar en verdad *inhabitable*. Ninguna de esas características le cabía al vasto sector territorial ocupado por las naciones indígenas que, no obstante, fue llamado *desierto*.

El siglo XIX asistió al pleno desarrollo de una forma productiva nueva, el capitalismo, que significó un gigantesco avance tecnológico y social. Con él, aparecen también nuevas formas políticas prolijadas, entre otros movimientos, por la Revolución Francesa, que consagra derechos y garantías para todos los seres humanos, sin distinción. El capitalismo unifica el mundo –iniciando eso que hoy llamamos *globalización*– y las potencias europeas impulsan la ocupación efectiva de todo el planeta, a través de la constitución de imperios coloniales. En el mundo intelectual, el modelo de la ciencia experimental, iniciado por las disciplinas físico-matemáticas y luego aplicado a la biología, se extiende también a las ciencias humanas. Aparecen la sociología, la psicología y la antropología. La tendencia general es la utilización del conocimiento

\* Licenciado en Antropología de la Universidad Nacional de Buenos Aires (UNBA), doctorado del Programa de Posgraduación en Antropología Social de la Universidad Federal de Río de Janeiro (Brasil). Cumple diversas labores académicas y docentes en la UNBA y en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Olavarría, donde tiene el título de Profesor Emérito. Es también Director de Tesis de Grado de becarios, y del doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNBA.

científico en la producción. De ahí, el auge de la ingeniería y de las innovaciones tecnológicas (vapor, electricidad, motores a explosión, combustibles fósiles). Las líneas políticas preponderantes en la cuestión poblacional, entonces, no podían menos que tratar de basarse en la ciencia social de la época.

El evolucionismo unilineal que dominó todo el siglo XIX, al mismo tiempo que unificaba teóricamente a toda la humanidad vinculándola con el resto del reino animal (evolución biológica), planteaba una secuencia a través de la cual todos los pueblos habrían pasado por las mismas etapas (salvajismo, barbarie y civilización). Los europeos se situaban en la cumbre de esa imaginaria escala, y todos los demás grupos estaban por debajo de ellos, en cuanto a desarrollo. Sus antípodas serían los *salvajes*, entre los cuales se incluían nuestros indios, pero también otros pueblos como los hindúes. El europeo se autoadjudicó la misión de llevar los beneficios de la civilización a todos los pueblos del mundo, para lo cual se tornó indispensable ocupar efectivamente sus territorios. Esto se llamó *la carga del hombre blanco* y justificó teóricamente al imperialismo. En términos biológicos, también se adjudicaron capacidades a los individuos según sus rasgos físicos, sentándose las bases del *racismo*, fenómeno bastante moderno.

Evolucionismo y racismo fueron los parámetros en que los próceres de la modernización argentina se apoyaron, a la hora de trazar planes para poblar el país. La superpoblación europea, las dificultades surgidas en el Viejo Mundo, las oportunidades que apuntaban en el nuevo y el apoyo tecnológico de modernos y veloces medios de transporte (trenes, navegación a vapor), hicieron posible el traslado transoceánico de grandes contingentes demográficos. En un principio, provenientes del norte de Europa, luego del sur. Se debe señalar que ese vuelco sorprendió ingratamente a nuestros próceres que juzgaban a los anglosajones muy superiores a italianos o españoles. A estos últimos, en particular, achacaban la culpa de nuestra falta de desarrollo. La alianza de español e indígena nunca pudo ha-

ber resultado en una población industriosa, según varios de nuestros pensadores, entre ellos, los rivales Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi. En lo que hace a los indios, sin embargo, no siempre fueron considerados un obstáculo al progreso. Por el contrario, fueron su base cuando los europeos penetraron en nuestro suelo.

## Nuestros hermanos, los indios

En el momento de la conquista española, además de los metales preciosos, los recién llegados dependían totalmente de la mano de obra indígena. No se traían, precisamente, familias de labradores europeos para cultivar la tierra. Esto hubiera sido deshonoroso para los conquistadores. Se trataba de sujetar a las poblaciones locales en el marco de instituciones como la encomienda, la mita o el yanaconazgo, que siempre significaban trabajo compulsivo. La población americana estaba integrada por naciones o parcialidades de desarrollo dispar: desde sociedades estratificadas de compleja organización, algunas de ellas con escritura (mayas), hasta bandas de cazadores-recolectores adaptados a los más diversos ambientes. Todas esas etnias fueron unificadas bajo el rótulo común de **indios**, destinado a unificar el trato hacia ellas y a desconocer sus diferencias. El hecho es que la falta de nativos reductibles a servidumbre significó un grave obstáculo para la prosperidad de los poblados.

Tal fue el caso del territorio chileno en el siglo XVI. En el centro y el norte, las prolongadas guerras de los naturales contra la conquista incaica habían diezclado las poblaciones. En el sur, tropezaban con la hostilidad y resistencia mapuche. No había, por tanto, disponibilidad de indios. Hubo un momento en que Valdivia, fundador de La Serena, se descorazonó:

“Así que para mí tengo que, porque se haya hecho el efecto porque lo poblé (a La Serena) convenía despoblarse si detrás de la cordillera de la nieve no se descubren indios que sirvan allí”<sup>1</sup>

1 Citado por Cueto, Adolfo Omar. “La encomienda como móvil y fin de la fundación de Mendoza”. En: CEIDER, Revista de Estudios Regionales, N° 10, Mendoza, UNC, 1992, pp. 109-130.

Se descubrieron, y eran los huarpes mendocinos, que desde entonces (1545) fueron llevados a servir a Chile. Habría sido su existencia y posibilidad de reparto en encomiendas lo que motivó la fundación de la ciudad de Mendoza y la penetración hispana en Cuyo. La ciudad se erigió optando entre los sitios “más poblados por los naturales y donde había más comida”

Ramírez de Velazco, fundador de La Rioja, afirmaba: “en esta tierra ni gobernador ni teniente ni nadie puede sustentarse sin yndios”<sup>2</sup>.

Hacia fines del siglo XIX, sin embargo, las cosas habían cambiado. Se procuraba la ocupación efectiva de todo el pretendido territorio nacional, desconociéndose por completo los derechos del indígena. De ahí el concepto de **desierto** como espacio vacío, ocupado apenas por animales y hombres... igualmente **salvajes**. Ese salvajismo atribuido, tendía a desconocer la complejidad cultural de los pueblos indígenas, reduciéndolos a un estereotipo que es el que todavía campea en nuestros libros escolares: hombres semidesnudos, con vinchas y plumas, lanzas o arcos y flechas, diestros físicamente (como cazadores o jineteros), hablando lenguas “guturales”, incapaces –en tanto seres **naturales**– de asimilar la civilización y enemigos, por tanto, de todo progreso y de quien lo encarnaba: el hombre blanco. En tanto animales salvajes irreductibles, fue lícito eliminarlos, como a toda plaga. Muchos escolares se asombran cuando descubren que *todavía hay indios*.

Ese estereotipo, ignora verdades históricas como la de la larga convivencia pacífica de blancos e indígenas en la frontera, y la envergadura de un comercio sin el cual ninguno de los dos pueblos hubiera podido subsistir. A título de ejemplo:

- *Condición agrícola del pueblo mapuche o araucano*, al que se suele presentar como sólo pastor y cazador cuando cruza la cordillera y penetra en nuestro territorio. Numerosas

fuentes atestiguan la persistencia de cultivos en sus poblados, la existencia de arados, de cosechas, el consumo de vegetales en la comida<sup>3</sup>. En esto contrasta con los pobladores criollos y europeos, casi exclusivamente ganaderos.

- *Papel del tejido mapuche en el comercio regional*. Productores de excelente lana, hábiles tejedores, los mapuches producen gran cantidad de prendas que los descendientes de europeos consumen. La entrada de tejidos ingleses más baratos produjo estragos en la artesanía textil del noroeste, pero no afectó a los ponchos mapuches, cuya superior calidad les aseguró mercado permanente.
- *Progreso ganadero*. La lana que sostuvo el arte textil, provenía de un tipo especial de oveja, al parecer mestizada con acierto por los indígenas, llamada *oveja pampa*, muy apreciada por los estancieros que la buscaban para mejorar su hacienda. La explotación ovina propició la existencia de nutridas poblaciones, en la costa y zona serrana de Buenos Aires, hasta que el avance de la frontera las expulsó.

Todas estas consideraciones son importantes, desde que cuestionan el mito de la incapacidad agrícola del indígena, esgrimido para negarles el derecho a constituir colonias en sus propias tierras, y el que postula su carácter de puro obstáculo, inútil y pernicioso, para el progreso del país.

Pero hay un ejemplo de convivencia mucho más fuerte, ocurrido en nuestra Patagonia, cuando en ella se instalan los colonos galeses. Allí, supieron convivir con los tehuelches, un pueblo cazador –no agricultor como los mapuche– lo que haría suponer, para los prejuicios vigentes, que era mucho más **salvaje**, natural e irreductible. Sin embargo, los galeses, que se autogobernaban, establecieron un provechoso intercambio de quillangos y plumas por artículos euro-

2 Cit. en Puiggrós, Rodolfo. De la colonia a la revolución. Buenos Aires, Lautaro, 1943, p. 51.

3 Cfr. MANDRINI, Raúl. Los Araucanos de las pampas en el siglo XIX. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, y “La agricultura indígena de la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII y XIX)”. En: Anuario IEHS Nº 1, Tandil, 1986. p. 11-43.

peos. Estas adquisiciones, les sirvieron a su vez para obtener otros insumos. A los indios, el trato les ahorra el largo viaje hasta Carmen de Patagones, lugar de comercio, y además les aseguraba no ser engañados, como habitualmente lo eran, por los comerciantes de aquel puerto. Se visitaban asiduamente, y los tehuelche proveían a los colonos con indispensables caballos, enseñándoles su manejo. Hubo casos de indios que dominaban cuatro idiomas: tehuelche, mapuche, castellano y galés.

Todo se deterioró al avanzar el ejército, y atacar sin contemplaciones a los nativos. Es allí cuando se producen las únicas dos muertes de colonos por parte de los tehuelche, cuyo acoso los llevó a un odio irracional contra todos los blancos. Durante la ofensiva, los galeses fueron abogados de los indios, sin mucho éxito, frente al estado argentino:

Eluned Morgan, galés, dice: “Cuando el Gobierno Argentino comenzó a perseguir a los viejos nativos en 1880, la colonia apeló en su favor repetidas veces, mas fue en vano todo intento de suavizar algo el férreo veredicto de los gobernantes. Centenares fueron muertos en la guerra injusta y desigual, centenares fueron llevados prisioneros a la ciudad de Buenos Aires y repartidos como esclavos entre los grandes del país”<sup>4</sup>.

Una circunstancia poco divulgada es que existieron dos proyectos en el trato con el indígena. Uno, encarnado entre otros por el Coronel Alvaro Barros, proponía la asimilación de las poblaciones nativas al estado nacional, postulando su incorporación laboral y organización en colonias agrícolas (puesto que los indios ya trabajaban en tareas agropecuarias). Y otra, postulaba la simple aniquilación de los aborígenes. Esta última postura resultó vencedora, y con ella la exclusión del indio en el proyecto de nación.

## Criollos o gauchos

Otro gran excluido en la propuesta migratoria, fue el nativo de origen hispano o mestizo, el criollo o mítico *gaucho*. La designación tuvo connotaciones delincuenciales, y sólo se volvió honrosa luego del estallido de la guerra de independencia. Perseguidos por un ordenamiento legal restrictivo, muchas veces los gauchos buscaban en las *tolderías* un ámbito de libertad. El alambrado de los campos y la derrota del indígena, los dejó sin áreas de refugio. Modificaciones tecnológicas en el manejo pecuario desvalorizaron sus habilidades ecuestres, y nunca se pensó en afincarlo y darle acceso a la tierra.

El comprometimiento de esa población campesina en las luchas civiles generó odio hacia ellas, y la atribución por parte de las “clases ilustradas” de la calidad de *bárbaro*. Es famoso el encono de Sarmiento al recomendarle a Mitre “no ahorrar sangre de gauchos”. Esa propuesta parece haber tenido éxito, ya que el gaucho habría sobrevivido apenas como mito cristalizado, antepasado (es decir muerto) ilustre, arquetipo de la nacionalidad a la que habría ofrendado su vida<sup>5</sup>. Esa figura, cuya partida de defunción se extiende, se conserva sólo como símbolo patrio, casi a la altura del escudo, el himno o la bandera.

La población criolla de nuestro país no fue considerada como parte del proyecto poblacional. En todo caso, se procuró mejorarla con la incorporación de selecta sangre europea, al modo de lo que se había hecho con el ganado. El papel del nativo se concibió siempre como subordinado: peón, sí; dueño, nunca. Y, en esa condición subordinada, permaneció años en el interior como reserva de mano de obra, en provincias no demasiado afectadas por la oleada inmigratoria. Las cifras por todos conocidas son elocuente-

4 López de Monedero, Susana, Mejido, Raúl, Western, Wilda, Fernández Picolo, Mauricio. “El contacto entre galeses y tehuelches en el valle inferior del Río Chubut”. En: Mundo Ameghiniano N° 10, Viedma, 1991.

5 V. Ratier, Hugo E. “Indios, gauchos y migrantes internos en la conformación de nuestro patrimonio cultural”. En: Revista INDICE para el análisis de nuestro tiempo. Buenos Aires, Centro de Estudios Sociales. DAI, 1988.

tes: hay un momento en que los europeos son, en la ciudad de Buenos Aires, más que los nativos. Se genera lo que se dio en llamar la *pampa gringa* o *pampa sin gaucho*, al decir de Gastón Gori. La capital del país, en particular, crea una cultura distinta. Ni lo indígena, ni lo nativo, es visible en sus calles.

## Migraciones internas y sus facetas

El repliegue de la migración europea —débilmente reanudada después de la segunda guerra mundial— provoca una necesidad de mano de obra, en una industria que afrontaba la etapa de la sustitución de importaciones. Factores tanto económicos como políticos, atraen hacia las grandes ciudades, en particular Buenos Aires y el Gran Buenos Aires, a esa reserva de mano de obra que permanecía en el interior. La insuficiencia del trabajo agropecuario para absorber a las poblaciones regionales, y el mercado de mano de obra abierto por la nueva industria, llevaron hacia el litoral a esos hombres muchas veces morenos, a menudo de raíces indias o mestizas, que provocaron un verdadero shock cultural en los pobladores de las grandes ciudades migratorias, quienes ni sospechaban su existencia<sup>6</sup>.

Esta obligada “sustitución de migraciones”, reintroduce en los grandes centros decisorios de la República, un potencial demográfico que no figuraba en los planes de los constructores de la nacionalidad, nacido y criado en América, aunque pudiera tener también antepasados europeos. Porque **cabecita negra** no es una categoría biológica o racial, sino social, y muchos descendientes de gringos de ojos claros integran ese contingente, que un sorprendido político opositor de la década de los '40 rotuló, sin más, “aluvión zoológico”.

Eran épocas de pleno empleo, de un estado de bienestar activo, de crecientes servicios y de incorporación plena de la clase obrera al escenario político nacional. El peronismo atraía a ese

nuevo actor social que le servía de base. En el seno del reciente movimiento, convivían obreros sindicalizados de origen europeo con los recién llegados del interior. Primero ocuparon los conventillos, y cuando éstos no dieron abasto, construyeron sus viviendas en los denominados *barrios de emergencia*, bautizados luego como *villas miseria*. Una política habitacional adecuada parecía garantizar la temporalidad de las urbanizaciones precarias. Desgraciadamente, cambios políticos posteriores, perennizaron la villa miseria. Sus habitantes, antes presentes en toda la ciudad, debieron encerrarse en el ghetto, desde donde sintieron la marginalización de la población circundante. El *cabecita negra* cede su lugar al *villero*.

Es en esta época cuando se verifican nuevos desplazamientos de mano de obra, que no eran, de manera alguna, inéditos. En las zonas fronterizas, en particular, poblaciones limítrofes ocupan el nicho ecológico dejado por los migrantes internos. Llegan bolivianos a levantar las cosechas de caña de azúcar y tabaco, en el noroeste; paraguayos al algodón y la yerba mate, en el litoral; siguen entrando chilenos para la esquila, la cosecha de frutas, la minería y las labores petroleras, en la Patagonia. Muchas veces, son indistinguibles de los migrantes argentinos. Entre bolivianos y jujeños, paraguayos y correntinos o neuquinos y chilenos, hay menos diferencia que entre dichos provincianos y los porteños. Sus contingentes son minoritarios y muchas veces, terminada la actividad económica, regresan a sus países. Más adelante, sujetos a los mismos estímulos que la población local, emprenden la migración a más largo plazo.

Buenos Aires, y por extensión la Argentina, se jacta de su europeidad. Un político como el ingeniero Alvaro Alsogaray, nos caracterizó alguna vez como “el cono blanco y europeo de la América del Sur”. Mucha gente se enorgullece de esa *blanquitud*, y se ofende cuando algún visitante piensa que somos indios (“¿se creen que llevamos plumas?”, protestan indignados). De hecho, datos de investigaciones recientes cuestionan

6 V. Ratier, Hugo E. Villeros y Villas Miseria. Buenos Aires, CEAL, 1972. 2ª edición 1976, 3ª edición 1985. y El Cabecita Negra. Buenos Aires, CEAL, 1972. 2ª edición, 1976.

bastante la pretensión de “pureza” racial vigente en el imaginario colectivo.

Científicos de la Sección Antropología Biológica, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y del Servicio de Hemoterapia, del Hospital Fernández de Buenos Aires, practicaron análisis genéticos en un universo de 7.763 dadores de sangre de ese nosocomio, y los compararon con datos provenientes de otras unidades hospitalarias de la ciudad, en el período 1939-49. Sabían que antes de 1930, estudios demostraban que las frecuencias génicas observadas eran similares a las de España e Italia. Ahora, procuraban detectar la presencia de alelos indicadores de mezcla étnica con aborígenes. Los análisis detectaron un 23% de ese tipo de mezcla en la muestra focalizada, resultados que “...parecerían confirmar... un mayor grado de participación del componente aborígen en el acervo genético de la población de la ciudad de Buenos Aires”. Nuestra biodiversidad se complejiza<sup>7</sup>.

## Llegan los limítrofes

Así como cuando nuestros mayores pusieron en marcha su proyecto migratorio, ya no quedaban en las estanterías europeas anglosajones o alemanes y debieron conformarse con traer españoles e italianos, hoy la mano de obra importable consiste en latinoamericanos y algunos asiáticos (en especial, coreanos y chinos). Nuestro imaginario colectivo, impulsado desde la iconografía escolar, identificaba al *inmigrante* como el europeo campesino, rubicundo y colorado, rodeado por su familia e inclinado sobre el arado, roturando nuestros fértiles suelos. No entra bien en la categoría, el moreno boliviano, chileno o paraguayo. Sin embargo, ese poblador de un tipo que las dictaduras consideraron “indeseable”, “no selecto” y “ajeno a las corrientes demográficas tradicionales que conformaron nuestra na-

cionalidad”, tiene bastante más que ver con nosotros de lo que suponemos.

Por lo pronto, con relación a los europeos, algunos autores celebran el supuesto desvío del plan inicial:

“En este sentido, y por carambola, Argentina figura en el polo opuesto de los Estados Unidos (sociedad discriminatoria). Porque es, en primer lugar, el fracaso de la migración selectiva de ‘razas progresistas’ que preconizaron, al modo de Jefferson, los intelectuales proyectistas como Alberdi y Sarmiento y el triunfo del pragmatismo – mano de obra barata– de la oligarquía criolla, lo que hizo que el gran aluvión migratorio fuese fundamentalmente ítalo-español, con rasgos culturales intrínsecos y extrínsecos muy afines a los de la sociedad tradicional criolla. Esta proximidad de los inmigrantes al *cultural core*, al meollo cultural de la sociedad receptora, a sus valores básicos, está representada sobre todo por la base católica de los inmigrantes”<sup>8</sup>.

Es muy probable que en esta ocasión también, la no disponibilidad del material humano deseable, resulte en consecuencias positivas para la incorporación poblacional. Esto depende de muchos factores.

La presencia y cantidad de migrantes limítrofes en el país oscila. Se distinguen en su conducta migratoria, las migraciones fronterizas, estacionales y permanentes. Los distintos contingentes adoptaron, en períodos diferentes, modalidades diversas. Durante las décadas de los ‘40 y ‘50, el traslado se iba efectuando por etapas, a partir de áreas fronterizas. En todos los casos llegan al país a requerimiento de las empresas, que se preocupan si se obstaculiza su pasaje. En los ‘60, las etapas comienzan a acortarse; y en los ‘70 y ‘80, los migrantes van directamente a Buenos Aires o, como en el caso de los bolivianos, pa-

7 Avena, S. A., Goicoechea, A. S., Carnevali, L. y Carnese, F. R. Estimación de muestra étnica en una muestra hospitalaria de la ciudad de Buenos Aires. Ponencia presentada al IV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología Biológica y Segundas Jornadas Nacionales de Antropología Biológica, Buenos Aires, 24 al 27 de setiembre de 1996.

8 Marsal, Juan F. Hacer la América: Autobiografía de un inmigrante español en la Argentina. Buenos Aires, Editorial del Instituto, 1969, p. 31.

san por esa ciudad como tránsito hacia poblaciones de la costa atlántica o la Patagonia. Las rutas del avance boliviano fueron dos: una por el noroeste, pasando por Mendoza, y otra central, entrando por Córdoba. Raramente se ingresa por el litoral fluvial, preferido por los paraguayos.

En la Patagonia, la presencia chilena es antigua. Expulsados de su país por la falta de tierra, cuya propiedad se concentra en pocas manos, jaqueados por una Ley de Colonización que, en 1874, sólo admite dar acceso a las parcelas a colonos europeos o norteamericanos, los chilenos constituyen la mano de obra en territorios donde todavía pueden instalarse, precariamente, y ejercer la agricultura y el pastoreo. Durante los períodos de conflictos fronterizos, la entrada de chilenos se restringe.

El flujo brasileño es menos notorio, y se ubica sobre todo en áreas fronterizas de la provincia de Misiones, donde se instalan agricultores. En estos momentos, Buenos Aires es testigo de la afluencia de una migración, que podríamos llamar *cultural*, integrada por profesores de danza y de deportes. Lugar aparte, merecería el análisis de las formas religiosas afrobrasileñas, que parecen haberse independizado de sus introductores. A favor de la existencia de un público argentino, conocedor de las expresiones populares brasileñas –producto de las facilidades turísticas otorgadas hasta hace poco por el vecino país–, los lugares de promoción de música, arte e idioma brasileños, se multiplican en las grandes ciudades.

Un factor que complica la inserción laboral limítrofe es la ilegalidad de la situación de los migrantes. Esto determina precariedad y desprotección. Si el salario argentino es comparativamente superior al que reciben en su país de origen, éste no es el mismo que se le paga a los argentinos. Al no tener en orden los papeles, se acepta cualquier tipo de tarea y de condiciones. A su vez, esto determina la acusación de competencia desleal que genera conflicto con los trabajadores locales.

Para paliar esta situación se han dictado sucesivas amnistías, todas durante gobiernos demo-

cráticos (en 1949, 1958, 1964, 1974 y 1984). La persecución y deportación de limítrofes – como de toda la población del país– se agudiza durante las dictaduras. Tales amnistías sirvieron para regularizar la situación de gran cantidad de personas, si bien muchas continúan en falta frente a las reglamentaciones.

Por cierto que los flujos migratorios tienen que ver, también, con la situación de los países de origen. Tal el caso de los uruguayos, cuya presencia en el país era inexpresiva hacia la década de los '70 y que, como nosotros, fueron un país de inmigración. Hacia la segunda mitad de dicha década, envían contingentes crecientes a la Argentina y el mundo, convertidos en un país de emigración. En este momento, constituyen la mayoría de nuestros migrantes limítrofes. Al amparo de una mayor escolarización, suelen emplearse en el sector servicios.

## Actitudes hacia “el otro”

La teoría social no es ajena a los movimientos que se producen en el seno de las sociedades. Muy por el contrario, éstos la influyen y, en alguna medida, la determinan. No es casual que en los Estados Unidos se haya elaborado la teoría de la *transculturación* y la *aculturación*, para dar cuenta del proceso por el cual dos poblaciones portadoras de culturas diversas se encuentran, intercambian elementos (*pautas*) y, por fin, se funden y asimilan. Compatibilizar los múltiples contingentes de migrantes, e intentar uniformizarlos bajo una común identidad “americana”, era el desafío mayor que enfrentaba el país del norte. Se trataba de nivelar diferencias, y se esperaba que los inmigrantes aceptaran de buen grado la nueva identidad. Proyecto semejante esgrimieron los impulsores de nuestra escuela pública.

La antropología, ciencia especializada en los *otros culturales*, fue responsable del llamado *relativismo cultural*, teoría que se proponía valorizar a las otras culturas, al margen del etnocentrismo y en sus propios términos. Frente a un evolucionismo que planteaba la superioridad de la cultura europea y la existencia de una escala de progreso, la nueva óptica significaba un avance.

Se dijo que equivalía a la revolución producida al pasarse de la teoría geocéntrica a la heliocéntrica. Las culturas europeas no eran ya el centro del sistema, sino un planeta más en torno al sol de la cultura universal. El concepto antropológico de *cultura* pasó con el tiempo al uso (y al abuso) popular. Se habla de una cultura del trabajo, de la computadora, del shopping, del automóvil, del psicoanálisis, etc., etc.

La nueva postura también generó abusos. El gobierno racista de Sudáfrica basaba en el relativismo cultural su sistema de *apartheid*, alegando que negros y blancos tenían derecho a conservar sus culturas sin mezclarse, prohibiendo en consecuencia la mezcla racial. No se prohibió, sin embargo, la explotación de los negros por los blancos. En los hechos, desde la ciencia se elaboró un concepto rígido de cultura como algo inmodificable, tan fijo como una herencia genética, con lo que se revalidaron, ahora en un plano no biológico, los estereotipos del racismo.

Hoy en día se trabaja con un concepto de cultura más flexible, sujeto a modificaciones en función de la realidad histórica y social, fundamentalmente variable. Dicho concepto no supone la asunción lisa y llana de una cultura que nos viene hecha, como una armadura, sino la posibilidad de construirla y resignificarla. Frente al ideal de la *asimilación* como uniformidad que elimine variaciones, se levanta la tesis de la *diversidad cultural* como algo deseable, algo que enriquecerá nuestra vida cotidiana.

Un proceso plausible es el del reconocimiento del migrante y su cultura, que se está operando en algunas localidades del interior. Hasta no hace mucho, el concepto de *colectividad* se refería a las gentes de origen europeo y sus descendientes. Eran colectividades, la italiana, la alemana, la sueca, aún la japonesa. En fecha reciente, en la ciudad de Olavarría, provincia de Buenos Aires, a esas colectividades y a la celebración del Día de la Raza se agregaron las agrupaciones boliviana, chilena y uruguaya, no sin algunas resistencias por parte de las de origen europeo.

La teorización social procura, en nuestros días, incorporar los hechos que han afectado profundamente nuestras vidas. Ellos son la globalización, la privatización, la crisis del estado de bienestar y sus secuelas de precarización laboral y desocupación. Lo individual y privado reemplaza a lo público. Los países afectados por ese proceso ven resurgir la xenofobia y el racismo, y las posturas discriminatorias. Las redes solidarias se debilitan frente a una competencia despiadada por bienes escasos, como por ejemplo, el empleo. El de enfrente, en especial el diferente, es visto como enemigo.

Es lo que se denominó *racismo de crisis*, que Balibar y Wallerstein caracterizan en Francia como “la formación de la psicosis de la inmigración”. Se busca un chivo expiatorio en la disputa por el trabajo, la vivienda, la salud, la educación. El migrante resulta ideal para ese papel, “constituyéndose en una categoría que permite anticipar comportamientos y características particulares, en la medida en que está asociada a imágenes, representaciones y prácticas estereotipantes con tendencias xenófobas y racistas”<sup>9</sup>.

Tal racismo es expresado en particular por clases sociales empobrecidas, como las capas medias, y va ganando un temible consenso. Un equipo de antropólogos trabajando en escuelas primarias de la ciudad de Buenos Aires, pudo advertir la exteriorización de ese tipo de racismo en manifestaciones de los docentes. El objetivo actual de la escuela es mejorar la calidad de la educación, pero según parámetros de eficientismo y rendimiento. A ese propósito se opondría la presencia del *diferente* que, en algunos casos, se procura expulsar para no afectar ese rendimiento. Y, en otros, no se tiene más remedio que aceptar para no reducir la matrícula y verse amenazados con el cierre del establecimiento.

Se suele aplicar aquí la premisa básica del racismo: a un aspecto físico, corresponde una conducta invariable. El boliviano es sumiso; el coreano, explotador; el peruano, ladrón; el inmigrante es un ilegal, etc. Para quienes los conoce-

9 Montesinos, M. P., Palma, S. y Sinisi, L. Ilegales...explotadores...invasores...sumisos. Los otros ¿quiénes son? Ponencia presentada en las Jornadas de Antropología de la Cuenca del Plata. II Jornadas de Etnolingüística, Rosario, octubre 1996. De ahí tomamos las citas de Balibar, E. y Wallerstein, Y. Raza, Nación y Clase. Madrid, Icpala, 1988.

mos, son los mismos mecanismos que jugaron cuando el objeto del estereotipo era el migrante interno, el *cabecita negra*.

El rechazo puede generar el enclaustramiento de los discriminados en ghettos. Conocemos propuestas de levantar “un barrio modelo sólo de bolivianos”, por parte de villeros de esa nacionalidad. Si el migrante no progresa se lo acusa de quietismo. Si lo hace, se habla de que roba el trabajo a los argentinos. Tal vez lo mismo se haya dicho de los migrantes europeos cuando llegaron. Lo cierto es que el migrante limítrofe es el equivalente a aquellos que vinieron de Europa. Muchas trayectorias individuales muestran hábitos de ahorro y afán de progreso, semejantes en ambos contingentes poblacionales. Por algo, las vendedoras bolivianas fueron sustituyendo a los italianos en la venta de frutas y verduras. Los

medios de esa nacionalidad comenzaron trabajando en quintas en difíciles condiciones, para llegar luego a ser propietarios de ellas. Los albañiles paraguayos montaron empresas de construcción.

Lo lamentable, es que la discriminación suele llevar a los argentinos hijos de migrantes a negar sus orígenes, a avergonzarse de ellos. Esto, además de generar una grave crisis de identidad, privaría al país de una riqueza que legítimamente le pertenece: la de ser el repositorio de una creciente diversidad cultural. Del *crisol de razas* donde todo se nivelaba, del ideal racista de una población totalmente importada y unos grupos nativos cuya extinción se propiciaba, pasaríamos a conformarnos como un país moderno, pluricultural y multiétnico. Para ello, se deben superar innumerables prejuicios, pero valdría la pena.